

19. LOS GRUPOS GUINZBURG Y CLARA DE LA COLONIA BARÓN HIRSCH

Una nueva corriente migratoria apareció en la zona de Rolón poco antes de la fundación del pueblo. Se trató de la corriente judía proveniente mayoritariamente de Rusia. Los judíos eran allí víctimas de persecuciones y discriminaciones. No podían ocupar cargos públicos. Sólo se permitía hasta un 10% de niños judíos en las escuelas. Les estaba vedado vivir en las zonas agrícolas y labrar la tierra. Podían vivir sólo en algunas regiones de Rusia, no siéndoles permitido residir en las grandes ciudades. En ocasiones sus viviendas eran asaltadas por turbas enardecidas. A este tipo de persecuciones se les denominó en ruso “pogroms”.

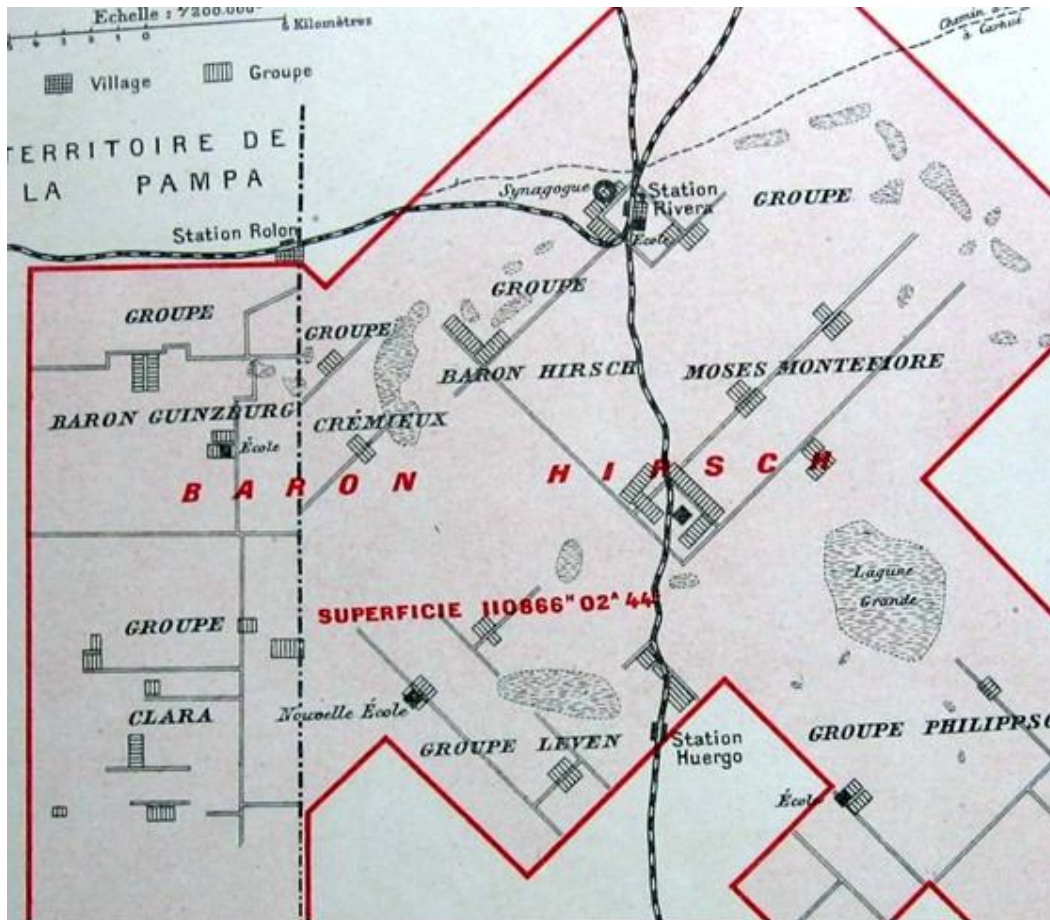
Un cierto número de judíos se comprometió con la revolución rusa de 1905, que reclamaba mayores derechos civiles al zar, y partir de allí su situación se deterioró aún más, produciéndose deportaciones masivas a Siberia. Ello provocó la migración en gran escala de jóvenes judíos, muchos de los cuales optaron por dirigirse a la Argentina.

Conmovero por esta situación de sus hermanos, el barón Mauricio Hirsch, un millonario financista y filántropo judío, funda en 1891 la Jewish Colonization Association (o Asociación de Colonización Judía), en adelante J.C.A., destinada a redimir a los judíos oprimidos facilitando su emigración desde el Imperio Ruso hacia la Argentina, como principal destino. Hirsch murió en 1896, pero la J.C.A continuó sus actividades.

En abril de 1904 un grupo de judíos del pueblo de Novebuk, en la gobernación Jerson, en Rusia, decide emigrar a la Argentina. Dos delegados, entre ellos Moses Cherny, viajan a París donde se encuentran las oficinas de la J.C.A para proponer su proyecto. A fines de ese año la J.C.A adquiere para este fin un extensísimo campo a Federico Leloir de 110.000 hectáreas en la Provincia de Buenos Aires y 30.000 en La Pampa para crear una colonia judía⁴⁴. En el plano inserto a continuación pueden identificarse los distintos grupos pertenecientes a la Colonia Barón Hirsch. Se distinguen claramente los sectores correspondientes a la Provincia de Buenos Aires y al Territorio Nacional de La Pampa y está indicada la Estación Rolón⁴⁵.

⁴⁴ Según Gaignard, en el Registro de la Propiedad, tomo p.209 se halla el acta de venta de estos tres últimos lotes (B 25, C 5 y C 6), por parte de Federico Rufino Leloir a la JCA el 30 de noviembre de 1906 por la suma total de 990.000 pesos m/n pagados al contado por el Banco Alemán Transatlántico.

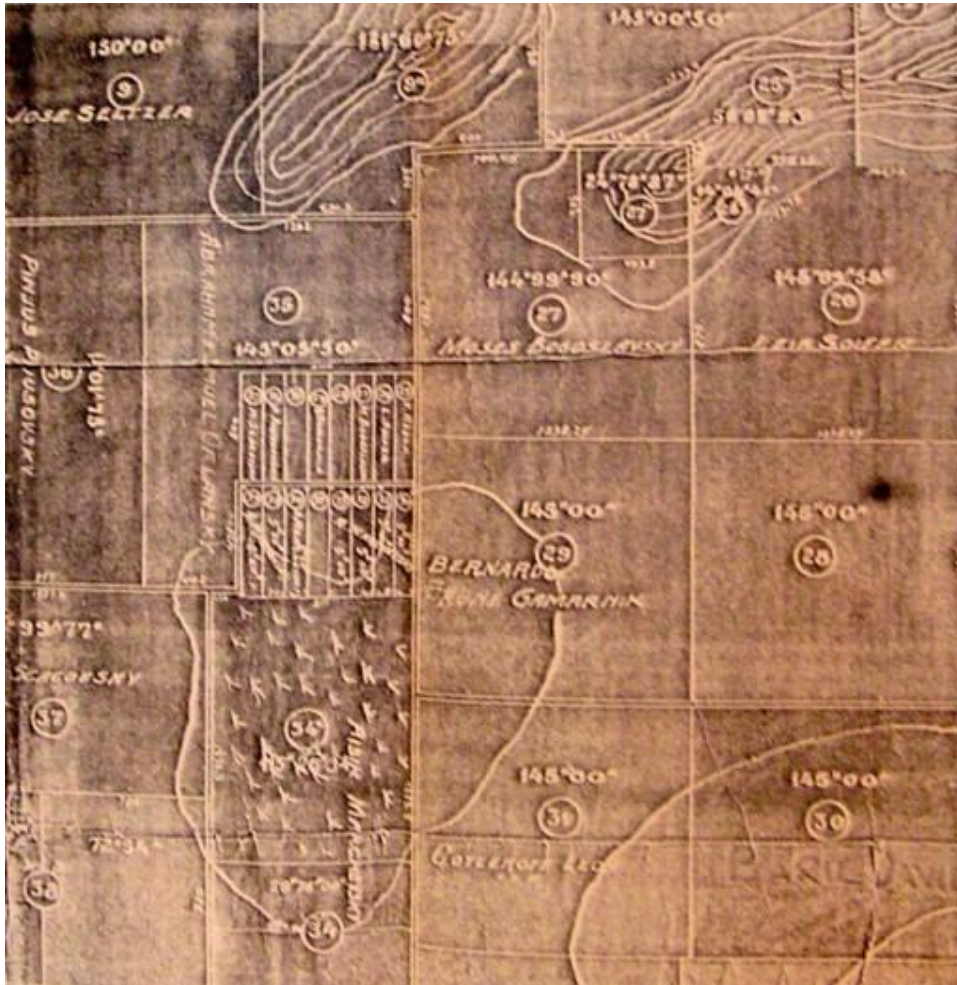
⁴⁵ J.C.A., *Atlas des Colonies et Domaines de la Jewish Colonization Association en République Argentine et au Brésil. Supplément au Rapport Annuel pour 1913*. Cortesía del señor Leonardo Lerner.



A cada colono se le entregaba un lote de 150 hectáreas, y una quinta de 5 hectáreas agrupada junto a la de otros colonos, formando pequeñas poblaciones de alrededor de 10 familias, denominadas “grupos”. Los primeros de estos grupos son Montefiore, Barón Hirsch, Crémieux, Philippson y Leven. “En los años siguientes la JCA acepta que en Guinzburg y Clara, en La Pampa, se instalen no ya migrantes ricos sino familias de obreros agrícolas judíos que trabajan desde hace años en provecho de los primeros en diversas colonias”⁴⁶.

Precisamente estas últimas, las colonias Guinzburg (o Colonia de Material) y Clara son las que revisten mayor interés para Rolón por su proximidad. Insertamos un fragmento de un plano de la J.C.A que se conserva en la Dirección de Catastro de la Provincia de La Pampa y que muestra la zona del Grupo Guinzburg o Colonia de Material. Obsérvese la zona de las quintas de 5 hectáreas donde se concentraban las casas de los colonos y la escuela.

⁴⁶ Gaignard, Romain, *La Pampa Argentina. Ocupación – Poblamiento – Explotación. De la conquista a la crisis mundial (1550-1930)*. Ediciones Solar, Buenos Aires, 1989, pág. 446



Esa población estaba conformada por las siguientes familias⁴⁷:

Jersonsky	Scacovsky	Kunie Gamarnik	José Ratuschny	León Soifer	Rosch	V
Calle Este						
Kasakevich	Pinjosovsky	Aisik Marchevsky	Escuela 89 y Hebrea	José Seltzer	Bogoslausky	
S						

En la misma publicación donde se halla este mapa, se recuerda a los maestros Puchetta y Carmen N. Rosales de Carballo como directores de la Escuela N° 89, y a las siguientes familias como integrantes de esta colonia: Altman, Bernardo Milner, Cherny, Deino, Elías Kosak, Eliosoff, Esterkin, Faierman, Furman, Gavinoser, German, Golbaum, Gurvich, Halperin, Kasitzky, Klausner, Kocleroff, Mallier, Marchevsky,

⁴⁷ Plano incluido en *Espejo de la memoria. 1905-2005. Centenario de Rivera y Colonias*. Comisión del Centenario de Rivera y sus colonias, pág. 71.

Marcos Sitz, Medvedev, Mijnovich, Moisés Sitz, Pirotzky, Potap, Ratuschny, Salerik, Schufer, Shamshanovsky, Sinkin, Strauss, Witkin, Wolf y otros.

Por su parte los grupos Clara N° 1 y Clara N° 2 estaban integrados de la siguiente manera:

Clara N° 1
Clara N° 1

Meridiano V	
Jaime Gurevich (Marcos Milner)	
Jaime Steimberg	
Lázaro Entelman	
Moisés Melman	
Jaime Kaminsky	
Lázaro Svetzliisa	
Adolfo Gorelik	

Clara N° 2
Clara N° 2

Camino	
Furman Andrés	Pechersky Israel
Sujanovich Isaac	Berenstein Adolfo
Raisman Jacobo	Pabloff Gregorio (Alperin)
Gurevich Gregorio	ESC. N° 119 y HEBREA
Abrosoff (Moñin Alberto)	Ravinovich
Gueler Jacobo	Siguelnitzky Miguel
	Seltzer Salomón
LAGUNA	

Uno de los colonos de Guinzburg, Elías Aizik Marchevsky, publicó en 1964 sus memorias⁴⁸. Se trata de un libro de lectura imprescindible para aquellos que se interesen por la historia regional. Está escrito de manera muy amena y resulta una descripción

⁴⁸ Marchevsky, Elías A., *El tejedor de oro. Memorias de un colono judío*. Editorial Bastión, Buenos Aires, 1964. Agradezco la cortesía del señor Lito Ratuschny que me hizo conocer este libro y me lo envió a Bolivia para que pudiera usarlo para realizar este trabajo.

sumamente vívida y dramática de los sacrificios realizados por los colonos para llevar adelante su proyecto colonizador. Vamos a incluir extensos pasajes que consideramos de gran interés para la historia de Rolón.

Marchevsky partió de Rusia en abril de 1906 y en el año 1909 se convirtió en colono en el Grupo Guinzburg. Allí fue testigo de la gran sequía de 1910. Dice Marchevsky: “Corría el año 1910 y desde el anterior no llovía en La Pampa. Llevábamos casi once meses sin agua. Los colonos que sembrábamos por primera vez tuvimos que arar la tierra en seco. ... Ya estábamos a mitad del año y hacía meses que no caía ni una sola gota de agua. Para el 15 de junio yo ya tenía aradas 120 hectáreas.

“Cuando terminé de arar y de rastrear fui con varios colonos y una orden de “La Primitiva” a unas siete leguas de la Colonia, para buscar semilla en lo de Luzarte, pues él sabía tener un lindo trigo, de campo virgen, muy limpio y de grano chico bien lleno. Creo que era trigo ruso. Para conseguir esa semilla fuimos Furman, los hermanos Gurevich, Raisman y yo. Pasamos allí la noche y regresamos al día siguiente. A mí me tocó viajar como una legua por campos sin camino. ... Para el 15 de julio ya tenía hecha toda mi siembra. Esperaba la lluvia cada vez con más ansiedad. Pero pasó julio, también agosto. Y llegó setiembre... Todos los años, para la época de las fiestas judías teníamos lluvia. Pero pasaron también nuestras fiestas sin que se produjera el milagro”.

“Tampoco en el año anterior había llovido durante el invierno, pero al llegar el Año Nuevo hebreo llovió tanto que no quedó ni un solo caballo en la Colonia. Como no había caído agua en todo el invierno y los rastrojos estaban sembrados, hubo escasez de pastos. Las lluvias de setiembre llegaron súbitamente, pero ya el frío y la sequía habían dejado la tierra sin pastos. Los colonos que sembraron en 1909 vieron morir así sus caballos”.

“En 1910 las cosas se estaban poniendo peor. Tampoco llovió en el mes de octubre. A mediados de noviembre empezaron a pasar los puesteros del oeste de La Pampa con millares de ovejas acampando cerca de la Colonia. Según decían, se habían visto obligados a sacar los rebaños, no tanto por falta de pastos, como por falta de agua”.

“Y es que se habían secado los tajamares...”

“Los puesteros esperaban como nosotros las lluvias pero al ver que los tajamares empezaban a secarse, resolvieron llevar sus haciendas hacia la provincia de Buenos Aires. Por el camino perdían la mitad de sus animales, cuando no todos”.

“Cada día llegaba más hacienda. Cierta vez llegó un puestero con 500 vacas y pidió agua a los chacareros de la Colonia, pero ninguno tenía molino con tanque. La mayoría ni siquiera tenía volcador. Los colonos extrañan con sus propias manos el agua de los pozos que estaba a una profundidad de 10, 15 o 20 metros. Era cosa imposible tirar agua a mano para tantas vacas”.

“Los animales podían aguantar varios días sin tomar agua, y cuando escaseaba sabían elegir, por instinto, unos pastos que crecían en aquellas zonas y que les calmaban la sed. Por eso los puesteros creyeron que podrían aguantar hasta encontrar, en la provincia de Buenos Aires, estancias con molinos”.

“Pero una cosa es cuando el animal aguanta caminando voluntariamente y otra cuando lo llevan por la fuerza, mortificado por el polvo y el calor. En esas condiciones no resiste y muere muchas veces por el camino”.

“Cuando se iniciaba el éxodo en busca de agua, un carro iba siguiendo a los animales, para recoger el cuero de los que morían, pues tenían algún valor. Tres personas se encargaban de sacar los cueros y los restos del animal los dejaban en las vecindades de la Colonia. El olor nauseabundo de la carne en descomposición se percibía por todas partes. Las vizcachas engordaron y se multiplicaron”.

“Durante el mes de diciembre pasaron, de día y de noche, los puesteros con su ganado. Descansaban cerca de nuestros campos y dejaban, al irse, gran cantidad de animales muertos”.

“Una vez llegó gente a mi rancho pidiendo agua para los caballos de andar y para el barril que llevaban colgando en una jardinera. Habían salido del otro lado de General Acha con ocho mil ovejas. Cuando llegaron a la Colonia sólo les quedaban setecientas”.

“Quince días después, en viaje de regreso, uno de ellos me contó que cuando llegaron a Salliqueló, donde estaba el campo que habían alquilado para el pastoreo, no les quedaba ni una oveja viva...”.

Luego Marchevsky cuenta como atendió a tres personas que habían enfermado por comer carne de ovejas apastadas. “Corría el mes de enero de 1911 y la sequía continuaba. Cada día llegaba más gente desde el oeste de La Pampa”.

“El Gran Ciclón de Febrero de 1911”

“La cosecha de 1910 se perdió por la sequía...Era la primera vez que sembraban los agricultores de los grupos Guinsburg y Clara, de las colonias Barón Hirsch, en La Pampa. Fue su primer esfuerzo, pero el trigo no nació. ...fuimos muchos los que quedamos sin nada, sin un poco de paja para mantener un caballo de andar dentro del corral. Los colonos, en su mayoría, tuvieron que caminar bastante aquel año para ir a buscar los caballos en campo abierto, porque ni siquiera tenían alambrada toda la parte que les pertenecía. Algunos tenían un potrero de veinte o treinta hectáreas, alambrado con un solo hilo, pero ese potrero nunca tenía pasto, pues se lo comían los caballos, que siempre se pasaban adentro”.

“Encontrándome en esa situación pensé que lo mejor para mí sería dirigirme a mi ex patrón y amigo Melamed, para rogarle que me regalara una chata de paja. Fue tan generoso que me ofreció dos chatas. Sentí en ese momento deseos de abrazarlo. Hay que imaginar lo que significaban dos chatas de paja en medio de aquella miseria”.

Cuando Marchevsky fue a buscar las dos chatas a lo de Melamed, se desató el ciclón. “Un fuerte viento comenzó a soplar del oeste. Me di cuenta de que no era una tormenta común; grandes remolinos de tierra, muy tupidos, se veían de lejos, moviéndose uno al lado del otro. El fuerte viento los empujaba y pronto llegarían a donde estábamos nosotros. Echamos a correr”.

Marchevsky y otros hombres soportaron el ciclón en la casa de Melamed, sosteniendo los tirantes del techo de la casa con sogas desde abajo. El relato es de gran dramatismo. “Cuando pasó la tormenta abrimos la puerta y pudimos abarcar el desastre en toda su magnitud. Dos parvas de avena que estaban junto al corral desaparecieron. El lugar había quedado limpio, como barrido por una escoba. Una máquina atadora ubicada cerca de la casa había corrido la misma suerte. Fue encontrada más tarde a una distancia de mil metros, volcada y con la rueda para arriba”.

“...Los destrozos causados por el ciclón habían sido grandes. Durante todo el trayecto vimos chapas arrolladas, tirantes caídos y muchas paredes derrumbadas. Mi casita estaba en pie, pero le faltaba una ventana, y a mi veterano rancho de chorizo, que usaba como galponcito, el ciclón le había hecho volar el techo”.

Al entrar a su casa Marchevsky encontró a su amigo Buckler que yacía allí con una herida en el vientre. “Me di cuenta de la gravedad y sin pérdida de tiempo monté a caballo y fui a Rolón en busca del doctor Naischtat. Le expliqué de que se trataba y até su sulky. Llevé consigo todo lo necesario: algodón, yodo, vendas, agujas”. Pero el amigo de Marchevsky no se salvó. Falleció en Buenos Aires a consecuencia de las heridas.

“Así quedan, con este doloroso episodio, señaladas las desgracias y daños que causó aquel terrible ciclón del 4 de febrero de 1911. Dicen que hubo muchos más, siendo varias las víctimas, entre muertos y heridos. Hasta un vagón cargado de trigo fue volcado por la furia desencadenada por el viento”.

“El desastre en la Colonia fue de tal magnitud que días después llegó de Buenos Aires un empleado de la J.C.A. con veinte mil pesos para ayudar a los más perjudicados”.

“Comenzó a llover y los colonos empezaron también a empuñar sus arados, siempre con la esperanza de tiempos mejores. Pero entretanto pasaban hambre y frío. Vivían con carne de liebre y bajaban la espalda sobre los surcos recién abiertos, atisbando el verdor de los pastos y la eclosión de las semillas”.

“En la historia de los agricultores y ganaderos de La Pampa, el año 1910 quedó señalado para siempre con el nombre de *año negro*”.

“Pasó al recuerdo la terrible sequía y también el ciclón de febrero de 1911. Se había ido el invierno y pasaba también el verano. Nubes blancas y esponjosas se agrupaban en el cielo y de ellas empezó a caer agua y agua. ...La Jewish prestó semilla para sembrar avena y nos dio también semilla de trigo ruso y australiano”.

“Después de la siembra no habría que preocuparse por el pasto de los caballos, pues había bastante campo bruto en la Colonia. También podía conseguirse pastorero en lo de Invernizzi, un estanciero grande que tomaba animales en sus campos a razón de un peso mensual por cada caballo. Dicho estanciero era muy hospitalario; cuando llevábamos animales a pastorear nos quedábamos a dormir allí y nos convidaba con una buena cena”.

“La vieja Invernizzi solía preguntarnos de qué nacionalidad éramos. Le gustaba conversar sobre la Biblia, que ella conocía, y que le habláramos de Adán y de Eva, de Abraham, de Isaac y de Jacob. Mucho le interesaba el episodio aquel en que José no quería ser reconocido por sus hermanos”.

“Cuando los colonos visitábamos la estancia o cuando retirábamos los animales que teníamos en pastoreo, el viejo se mostraba solícito y amable con todos. Nos hacía pasar a su escritorio, nos preguntaba si ya habíamos tomado mate cocido y nos obsequiaba con alguna buena bebida. Era fiel a la tradicional hospitalidad criolla, como lo eran, en aquellos tiempos, los demás estancieros y por lo general todos los hombres de campo. Jamás permitían que alguien saliera de sus estancias o de sus ranchos mal atendido o con hambre”.

“Aquel 1911 en todo sentido se presentaba promisorio. Algunos colonos trabajamos día y noche para terminar de sembrar a tiempo”. ...Gracias a Dios seguía lloviendo. Los comerciantes aumentaron los créditos que estaban en gran parte suspendidos antes de las lluvias. El trigo crecía junto con nuestra esperanza y teníamos que prepararnos para cuando comenzase la cosecha. Necesitábamos máquinas atadoras. ...Los nuevos colonos éramos setenta. Nos dirigimos a la Cooperativa Agrícola “Barón Hirsch”, de las que todos éramos socios, para que nos consiguieran máquinas”.

A duras penas consiguieron máquinas “Hacme”, sumamente deficientes y pesadas. Con ellas se realizó la cosecha. La trilla fue otro gran problema. Consiguieron una trilladora de Bordenave, y sortearon los turnos entre los colonos. A Marchevsky le tocó el último lugar. Luego del primer día de trilla se largó una lluvia torrencial que inundó las parvas y le estropeó la cosecha.

En 1912 continuaron las peripecias. “...fuimos a la estancia de Invernizzi para retirar los caballos que habíamos dejado en pastoreo. Fuimos con Isaac Sitz, mi compañero Pinie y otros y pasamos allí la noche”.

“Al siguiente día, cuando en el viaje de regreso estábamos apenas a una legua de Rolón, aparecieron unas nubes blancas en el cielo. ...A los pocos minutos de ese comentario empezó a caer el granizo, cada vez con más fuerza e intensidad. Algunos propusieron que nos quedásemos en el pueblo hasta que calmase, pero yo me opuse. No podíamos aventurarnos a dejar los caballos en la calle, pues los buenos pastos de Invernizzi los harían volver para allá.

“Por otra parte, ¿qué podíamos hacer en Rolón, calados de agua hasta los huesos? Lo mejor era seguir hasta nuestras casas, cambiarnos allí de ropas y tomar mate caliente”.

“Así se hizo. Al acercarnos a la Colonia observamos la ruina que el granizo había causado en los sembrados. Al entrar en el campo de Kabacoff, que es la primera chacra sobre el camino de Rolón a nuestra colonia, comprobamos que había ocasionado un 80 % de daño”.

La cosecha de 1913 fue sin embargo muy buena. El 7 de julio de 1914 Marchevsky se casó con Sonia, con quien tuvo ocho hijos. La cosecha de 1914 resultó

excepción para Marchevsky, “pagué 14.000 pesos de deudas. Me puse al día con la Jewish y compré sesenta vaquillonas preñadas”.

A cada persona que deseaba convertirse en colono, la JCA le exigía un depósito de 2000 pesos, que le era devuelto una vez que construía la casa, un pozo de agua y el alambrado. Generalmente los colonos compraban los caballos para el trabajo rural una vez que recibían la devolución del depósito. “Y si el colono se presentaba con el certificado de la compra de esos animales a algún comerciante de Carhué, como los hermanos Torroba, o a “La Primitiva” de García, entre Rolón y Rivera, se les concedía crédito para sembrar, es decir, para cosechar, pero no para alambrar ni para comprar hacienda”. El campo lo pagaban los colonos a veinte años de plazo con un interés anual del 4%.

Marchevsky describe un proceso de constantes desencuentros entre los colonos y los directivos de la JCA. Parece que a los colonos les resultaba casi imposible cumplir las condiciones impuestas por la asociación colonizadora y vivían siempre pendientes de la amenaza de desalojo. Incluso en el Grupo Guinsburg N° 1 se llegó a desalojar una colonia de 24 quintas.

Hasta que se creó la escuela en la Colonia Clara los niños iban a clases a la escuela de la Colonia Guinzburg (o Colonia de Material).

Marchevsky habla muy elogiosamente de Abelardo Molina, juez de paz de Macachín y amigo de los colonos. Describe una conversación con este señor y dice “también recordaba don Abelardo Molina el año negro de 1910, cuando todos los colonos del departamento de Atreucó nos fuimos a Macachín, porque dijeron que el gobierno iba a ayudarnos con algo. El gobernador en persona viajó desde Santa Rosa y repartió dinero entre los colonos, dándoles a razón de diez pesos por persona”. Esta es la primera mención que encontramos respecto a algún tipo de participación de colonos de Rolón en la así llamada “Rebelión Rusa” de Macachín⁴⁹, localidad que fue ocupada por un grupo de tropas que según Marchevsky estuvieron a cargo del futuro presidente de facto Edelmiro Farrell.

La cosecha del año 1918-1919 fue buena. Los agricultores no tenían una buena desde 1914. “Es decir, en 1915 hubo bastante trigo, pero los grandes trusts cerealistas encontraron un medio para quitárnoslo a bajo precios”. En 1916 los trigales se vieron afectados por la langosta y en 1917 no hubo cosecha a causa de otra intensa sequía.

⁴⁹ Asquini, Cazenave y Echenique, *Conflictos Sociales en La Pampa (1910-1921)*, Fondo Editorial Pampeano, 1999, pág. 35 y siguientes.